

duce, cambiando su designación castiza por la palabra —jamás bien pronunciada— «nurse». Pero en todas las épocas hubo en los regios alcázares y las mansiones señoriales mujeres admirables dedicadas a suplir con su destreza y su cariño a las madres, apartadas por altísimas obligaciones de Estado o etiqueta —cuando no definitivamente por la muerte— del cuarto de los niños.

En el mundo antiguo, el oficio de aya solía ser prolongación del de nodriza. Los viejos poemas y tragedias de los griegos y los romanos conceden puestos importantes junto a los dioses, los reyes y los héroes a estas mujeres, a quienes pintan en sus versos en posesión de altas virtudes, particularmente de la fidelidad y el buen consejo. Ulises y Fedra, por ejemplo, saben confiarles los más hondos secretos de sus corazones. En los tiempos modernos los dos oficios se separan. La nodriza no tiene más misión que la de criar físicamente al niño egregio, mientras el aya —procedente de una clase social más elevada— le cuida, le vigila, le educa y responde a todas sus primeras e inverosímiles preguntas, preparando el cuerpo y el alma del infante para cuando suena la hora de entregarlos a los pedagogos que han de fortalecerlos y pulirlos para los elevados destinos que su cuna les reserva. El niño hecho hombre —sobre todo si la orfandad le enlutó tempranamente— jamás olvida a su aya, y en los momentos graves de la vida se volverá a ella en demanda de consuelos y consejos, retribuyendo así con actitud filial la serie de actitudes maternas que el aya puso en su crianza.

Entre las ayas que han pasado a la Historia por su ejemplaridad en el cumplimiento del deber ostenta primacía indiscutible doña Leonor de Mascarenhas —castellanizada en Mascareñas su grafía portuguesa—, a quien el César Carlos y la Emperatriz Isabel enco-

mendaron la guarda de sus hijos, y más tarde el que había de ser Felipe II, la de su designado primogénito el príncipe don Carlos.

Nació esta ilustre dama —que, como dice el Padre José M. March, S. J., representa la unión de las dos noblezas española y lusitana durante un largo período de tiempo— en Almada (Portugal) el 24 de octubre de 1503. Al morir su padre, siendo Leonor y su hermana Beatriz niñas de corta edad, fueron recibidas en el palacio real de Lisboa por el Rey don Manuel el Afortunado como «meninas» de su segunda esposa, la Reina doña María, hija de los Reyes Católicos, y de sus hijas, las infantas Isabel —nacida dos días después de Leonor— y Beatriz, con quienes se criaron, recibiendo la misma educación cristiana que a éstas daba su madre, recordando las lecciones de la excelsa Soberana de Castilla.

La infanta Isabel se encariñó con su compañera de juegos infantiles y luego amiga leal de la adolescencia, que hubo de compartir con las princesas el dolor de la muerte de la Reina, ocurrida en 7 de marzo de 1517. A su vez, Leonor había aprendido a amar a Castilla y a hablar con dulce acento portugués la lengua castellana. La amistad se estrechó más cuando, en 1521, la infanta Beatriz dejó su patria para casar con el Duque de Saboya. Leonor de Mascareñas supo llenar con su fidelidad el hueco que en el corazón de la infanta Isabel dejó la ausencia de la hermana queridísima. Poco después falleció el Rey Manuel, encomendando a su hijo Juan III negociar el enlace de la linda infanta con su primo el Rey Carlos I de España, Emperador de Alemania, tres años mayor que ella y soltero todavía por haberse frustrado los distintos enlaces proyectados en las Cancillerías europeas. Favorecía este designio la madrastra de Isabel —su prima her-